

El Mensajero

Diario democrático federalista.

Martes 7 de Junio de 1887.

Se publica todos los días excepto los siguientes á festivos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Centro Federalista, S. Gregorio, núm. 1, principal.

AÑO V.

Núm. 864.

Villanueva, un mes. 1'00 pesetas.
Resto de España. 1'25
Números sueltos. 0'50
Anuncios y comunicados, precios convencionales.
(No se devuelven los originales.)

LA RAMERA

...El ángel mujer,
que cae y se pisotea,
eso con que se espolea
el hastío del placer,
la mirada sin fulgor,
la sonrisa sin bondad,
el placer sin castidad,
el halago sin amor;

¿Empadronáis la ramera?
¡Pues dad cartilla al vicioso!

(Trata de blancos, de
LEOPOLDO CANO.)

Semejante á esas esculturas de mármol que, al borde de un sarcófago, en actitud meditabunda, puso el cincel del genio para significar la tristeza, el espíritu, no menos maravilloso que las obras del arte, se recoge en sí mismo, y, con las alas de la imaginación caídas melancólicamente, á impulsos de profundo desconuelo, inclinado el acongojado rostro, y con hondo suspiro de amargura, se para al borde del sombrío abismo de la prostitución, sarcófago revestido de suntuosidades halagadoras y guardador de misera escoria. Sin levantar la mirada á los cielos, olvidando por un momento su inmortal, recogidos cuidadosamente los cendales divinos que sirven de trono á sus inspiraciones, el alma del pensador es menester que detenga su vuelo en ese umbral donde se arremolinan las miserias humanas, ofreciendo un semillero inagotable de males á la marcha triunfal de la vida sobre el planeta.

Pluguiera á la madre naturaleza broquelar de acero cortante mi palabra, y de fuego consumidor mis conceptos, y aun mi voluntad no quedaría satisfecha; de tal modo engrandecida la siento al idear como posible la extirpación de esa gangrena, cuidadosamente abrigada, sostenida y excitada por leyes, religión y costumbres....

Entremos de lleno en el asunto.

La hora del crepúsculo invade la ciudad. El cielo fulgura con tornasoles de grana y oro, y allá abajo sobre el Occidente, manda sus últimos destellos el astro de la luz. Comienzan á retemblar en los azules espacios estrellas y luceros, y el limbo glorioso del día, envolviéndose en la

majestuosa noche, levanta el cántico sagrado de despedida á su amada tierra. Entonces sobre el duro pavimento de las ciudades, se desliza desde su guarida la mujer pública. A través de sus formas redondeadas, se ven los ángulos de un organismo rudimentario. Destinada á ser anillo intermedio en la cadena humana, hubiera permanecido solo hembra, si el vicio no la hubiera atraído á ser prostituta. Labriega ruda, menestrala ignorante, idealista desengañada, mujer, en fin, no apta para las grandes funciones de la razón hubiera cumplido en parte sus deberes, y acaso su sér hubiese dado hijos robustos, hábiles é inteligentes, átomos útiles al engrandecimiento de la especie; la ambición, la pereza, el despecho mordieron en su cerebro, débil ante las sugerencias de lo que halagaba sus predominantes instintos, y la ley, la religión y la costumbre, colocando un cómodo puente sobre el extravío de su imaginación, la brindaron el fácil camino para ser menos que hembra, para ser ramera.

Héla ahí, magistralmente retratada por uno de los genios de nuestra patria: su mirada es un girón sobre una inteligencia vacía: su amor... ¡Ah! ¡frase divina, impiamente ultrajada por una sociedad que, en amasijo repugnante, mezcla las torpezas del alcoholismo con las asquerosidades de la imbecilidad. Sobre el frontispicio de nuestro siglo te esculpieron con letras de oro los sabios y los poetas, y, en el fondo del santuario, te arrojan entre cieno y escoria las aristocracias del talento, de la sangre y del dinero! ¡Amor de la prostituta! ¡amor del árbol, ó de la roca! atracción inspirada por el instinto de conservación. El árbol tuerce sus raíces por buscar humedad que asegure su vida; la roca abriga el líquen que defiende su existencia; la prostituta reclama el puñado de monedas que la aseguran su comida. ¿Que no siente lo que manifiesta? — peor para los que la compran; ella nada pierde. ¡Y á esto se llama amor...!

Sí, se llama amor, y es el más posible dentro del círculo del fango en que gira nuestra sociedad. La ramera es la creación digna de toda época decadente; es la figura representativa de nuestras huestes sociales; las sintetiza y se eleva

de la categoría de monstruo á la jerarquía de mártir: ella es irresponsable; es el producto activo, la realidad encarnada, concreta, de la espantosa degeneración que domina en los cerebros humanos...

Ya se oye el rumor que, como jauría atraillada, levantan los eclécticos, los hábiles gimnastas de la vida, que, en equilibrio constante sobre la sólida maroma de su egoísmo, dominan, con benévola sonrisa, la pública opinión, aprovechándose de los aplausos y haciendo como que se caen de un lado ó de otro así que barruntan una silva. *Vicio preciso*, dicen unos; *necesidad de la naturaleza*, dicen otros; *mal que evita mayores males*, dicen los de más allá. Vayamos reflexionando sobre estos aullidos: ¡vive Dios! que lo merece.

Vicio preciso. ¿Es decir, que el vicio es una necesidad? Eso contesta la antropología cuando se la pregunta sobre ladrones y asesinos, y, sin embargo, todavía no se le ha ocurrido ni á esta ciencia ni á la ley dejar que impunemente se robe y se mate: el vicio *es, ha sido y será* innecesario. Vicio, defecto, deformidad, enfermedad, dolor, todos estos y parecidos sinónimos, podrán ser, pero *no es* necesario que sean: transigir con el vicio, ser su cómplice, su encubridor, su tercero, es mucho más monstruoso que el vicio mismo. ¡Necesario! ¡cuántas y cuán largas consideraciones se pueden hacer sobre sofisma de ruines que llama necesidad al vicio! — ¿Se quiere colocar al ser humano al nivel de la bestia? — Pues ni aun allí encontraremos la necesidad del vicio; solo en algunas especies que el hombre ha educado (domesticado se observa algo parecido á vicio, pero que no lo es; fuera de ellas se desarrolla la vida dirigida por el amor; por el amor, no por el *ayuntamiento*.

En la época precisa, cuando el ambiente de la primavera, el fulgor del estío ó las escarchas del invierno favorecen la reproducción de las especies, desciende, por los átomos atmosféricos llevado, un anhelo infinito de felicidad: al latido del corazón rebosante de vivificas ilusiones, responden las fibras todas del sér organizado, ¿y quién no se extasió ante las serenatas sublimes que el ruiseñor entona en las plácidas noches